

BROMA PESADA

CUENTO DE AUTOS

UNA mañana de Febrero, la del segundo día de Carnaval, hallábase los señores magistrados, como de costumbre, reunidos en la sala de togas, esperando la hora de distribuirse en Salas de justicia. El tema de conversación en el *plenillo*, aquella mañana era la influencia que suelen ejercer los prejuicios y preocupaciones de los funcionarios judiciales, en la instrucción y sentencia de los procesos.

El presidente de la Sala de lo criminal, hombre encanecido, no tanto por los años como por la lucha de su inteligencia soñadora con la casuística de las leyes, dejó el hueco de una monumental ventana, inundada de sol, y acercándose pausadamente a la chimenea, centro del semicírculo formado por sus compañeros, dijo:

—Estando yo de juez en el distrito de la Lonja de Muzlemia, intervine en una causa que por poco no lo fué de mi desprestigio. Hubo momentos en que pensé, seriamente, en inhibirme.

—¿Quizás por razón de parentesco?— preguntó el fiscal.

—Probablemente, por razón de *amistad íntima*— insinuó maliciosamente un viejecillo que tenía cara de mono, encuadrada por estrechas patillas blancas.

El interpelado presentó la palma de la mano derecha a sus compañeros, cual si tratase de detener con ella nuevas observaciones.

—No;— dijo, —se trataba de gente desconocida para mí, ¡demasiado desconocida!— añadió, arrugando la frente bajo la cual debió de pasar un recuerdo molesto.— En apariencia no hubo más que un homicidio vulgarísimo... y lo sería indudablemente; pero una ofuscación extraña me hizo ver, entonces, la intervención de lo sobrenatural en el hecho de autos. Figúrense ustedes que la primera noticia del suceso la tuve soñando.

—¿Soñando?...
—¿A ver, á ver; explíquese usted!

—En la antigüedad— dijo un magistrado que se preciaba de erudito— los sueños tenían una influencia decisiva en los asuntos públicos y domésticos. Los libros sagrados de las civilizaciones asiáticas les dan una importancia extrema. Si han leído ustedes el Exodo recordarán...

El fiscal acudió á conjurar el chaparrón de historia faraónica que les amenazaba, diciendo:

—Si, sí; ya sabemos lo de las siete vacas gordas y las siete flacas. Ahora sepamos qué sueño fué ese del amigo Estirado.

—Mi sueño— contestó el aludido, —nada tendría de particular sin lo que después ocurrió. Oigan ustedes y juzguen.

Los magistrados se dispusieron á oír y á juzgar (era su oficio), y Estirado continuó su relato del modo siguiente:

—Era martes de Carnaval. Aquella noche estuve con mi familia en un baile de niños y me acosté bastante cansado, aunque no por esto interrumpí mi costumbre de echar una ojeada á los diarios de la noche. El sueño me cogió con el periódico entre las manos, cuando aún no había

terminado de leer uno de esos artículos de circunstancias que presentan, simbólicamente, el contraste entre la locura carnavalesca y la penitencia cuaresmal. Me dormí, como digo, y soñé, inspirado por el articulista, una escena descabellada que recuerdo hasta en sus menores detalles.

El narrador hizo una pausa y, después de cerciorarse de la atención de sus compañeros, entró de lleno en el asunto.

—Había terminado el baile. El rumor de los carruajes que rodaban por la callada ciudad, llegaba de sus entrañas negras cada vez más amortiguado. En la desierta plazoleta del teatro, iluminada todavía por el gran foco de luz eléctrica, apareció tambaleándose una máscara rezagado, un *pierrrot*. Después, como sombra de la noche cuajada en las tinieblas de una callejuela inmediata, avanzó una mujer alta y descarnada, arrastrando con dignidad trágica la cola de su hábito negro.

—¡Ya está aquí la de todos los años!— exclamó el *pierrrot*, mascullando las palabras con la tartamudez de la borrachera.— Voy á darle broma... ¡Eh, *agüela pilonga!*— gritó, haciendo señas á la enlutada con la mano.— ¡No me conoces!

—Si, te conozco— contestó ella, clavando una mirada famélica.— Eres el Carnaval; el genio maldito que durante tres días enloquece á la humanidad; el demonio tentador que la arrastra al desenfreno de los placeres. ¡Te conozco, maldito! Eres el causante de ese *delirium tremens* que hace olvidar al hombre su dignidad de sér racional; el que guía su mano para que abofeteé anualmente á su Redentor, al Cordero divino que, presentando la otra mejilla, exclama: «*Amen dico vobis, nescio vos...*»

—¡Ay, qué guasa!... No tolero que me insultes en francés, ¿oyes? Y eso de necio y de bobo te lo vas á tragar ahora mismo...

—Mis palabras son las palabras de Jesús, según San Mateo; te las traduciré: «En verdad os digo, que no os conozco.»

—¿Lo ves?... No tienes *lacha* para conocerme.

—Repito que te conozco; he venido en tu persecución, y he aquí que tu reinado se acaba: «*Ecce appropinquavit hora.*»

—¡Olé! ¡Vamos á tomar unas copas! Yo pago.

—Mi reino no es de las tabernas. Soy la Cuaresma.

El *pierrrot* se puso á cantar:

«De los mares,
re me llaman...»

Y añadió, cada vez más borracho:
—¿Se va usted á quedar conmigo?
—No;— prosiguió ella, imperturbable;— tú y yo somos incompati-



LA BUENAVENTURA

Cuadro de J. LLOVERA.

bles. Por eso no entiendes mi lenguaje, que suena mal en tus oídos, llenos de abominación, y por eso mi atavío de penitente es antipático á tus ojos lascivos; pero al mundo, que oye por tus oídos y ve por tus ojos, vengo á predicarle nuevamente esta gran máxima: «Si te escandaliza tu ojo derecho, sácatelo, que vale más entrar tuerto ó ciego en el cielo que arder en los infiernos toda una eternidad.»

—¡Pues no es nada lo del ojo! En seguidita me quedo tuerto para darte gusto.

—No; tú no te quedarás tuerto... ¡Vas á morir!

Y mientras el *pierrrot* estallaba en una carcajada alegre, cascabelera, la penitente tendió el brazo armado de pistola. Una detonación seca aumentó la visión.

—Desperté sintiendo en mis oídos la vibración del pistoletazo; mejor dicho: de lo que creí pistoletazo. De pronto, retumbó en la obscuridad de mi alcoba un segundo golpe de aldabón. Venían á avisarme que acababa de cometerse un crimen. En un momento me vestí, dispuse que fuesen á despertar al forense y á uno de los escribanos y me apersoné en el lugar del suceso. ¡Calculen ustedes mi sorpresa cuando vi, en el centro de un corrillo de trasnochadores, al *pierrrot* de mi sueño!

—¡Hombre, la cosa es un poquillo fuerte!— dijo el presidente de la Sala de lo Civil.

—¿Al mismo del sueño?— preguntó otro *señor del margen*, echando al narrador con el reflejo de sus anteojos, en cuyos cristales flameaba en miniatura el fuego de la chimenea.

—Ustedes crean lo que gusten; pero al más despreocupado quisiera verlo en mi caso. Un homicidio vulgar, sí; uno de tantos procesos originados por los bailes de máscaras, no lo dudo; pero el *pierrrot* estaba allí, tal como acababa de verlo en sueños, con su ancha blusa con escarapelas verdes en lugar de botones, su gran papalina escarolada y su solideo blanco; el rostro pintarrajeado de negro sobre una capa de albayalde, y la percalina satinada del disfraz, cubierta de manchas de sangre fresca. Una bala le había atravesado el pulmón izquierdo.

—¿Y qué averiguó usted?— preguntó el representante del ministerio público.

—Poca cosa. El herido se hallaba en el *ambigü* del teatro, con algunas mujeres de mal vivir, cuando se le acercó una máscara que, después de hablarle al oído, se fué con él. Nadie volvió á verlos.

—¿Pudo declarar el *pierrrot*?

—No pudo ó no quiso. Al principio decía algunas palabras incoherentes; luego cayó en un estado comático y, sin salir de él, falleció de pleuro-neumonía traumática en la madrugada del domingo, ¡extraña coincidencia! cuando terminaban los bailes de Piñata.

Los magistrados se miraron. Estirado no acostumbraba á mentir, ni siquiera á exagerar los hechos.

—¿Pero no se logró identificar el cadáver?

—Hasta cierto punto. El interfecto resultó ser un tal Pedro Expósito, un pobre diablo que pasaba el día en las casas de lenocinio, donde se le conocía por *Pericón*. ¡Un hombre casi sin personalidad! ¡*Pericón... Pierrrot!*... ¿No ven ustedes alguna relación entre esos dos nombres?... Pero aún hay más.

—¿Más?

—En los lugares *non santos* de Muzlemia, sólo le conocían desde Navidad; fijense ustedes, desde la época en que suelen comenzar los bailes de máscaras. Pasaba por vicioso, aun entre aquella gente; siempre de broma, borracho y mujeriego... Encontré á las mujeres con quienes le vieron en el *ambigü*, en casa de una tal Gloria.

—La conozco; también esa estuvo bajo mi férula en una causa por corrupción de menores— dijo el vejeete que tenía cara de gorila.— Hubo que absolverla.

Carcajada en pleno.

—Tampoco yo encontré en sus pupilas indicios de culpabilidad— continuó Estirado.— Respecto á la mujer con quien le vieron marcharse, nada supe. ¡Se prueba tan fácilmente la coartada en días de máscaras! Les aseguro á ustedes que jamás he instruído un sumario con mayor interés; pero, al mismo tiempo, temía profundizar en la práctica de ciertas diligencias. A veces, interrogando á una testigo, reo probable del delito, perdí mi serenidad y ese *ojo clínico* que nos da la costumbre; me ponía trémulo, temiendo que se desgarrase el velo que encubría la verdad. ¡Cuántas veces, en la soledad de mi despacho, lei aquellos autos! Y entonces era cuando me asaltaban mayores dudas, cuando lo sobrenatural tomaba cuerpo entre los garrapatos trazados por la mano firme del actuario. Al pasar los folios, sentía subir por mis dedos un estremecimiento extraño. Según varias declaraciones, la mujer desconocida iba disfrazada de maga: en esto nada verán ustedes de particular, ¿verdad?... Pues yo sí lo veía entonces: un traje de maga puede fácilmente confundirse con una vesta de nazareno.

—¡Vaya, basta de bromas!— dijo un respetable magistrado, ordenancista, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—No es broma, González,— contestó con seriedad Estirado.— Pero ya he concluído. La causa se sobreseyó.

—¿Y todavía cree usted que existió relación entre su ensueño y aquel homicidio?— preguntó González.

—Ni lo creo ni dejo de creerlo; mejor dicho, creo que estuve algo ofuscado, que aquel sujeto no personificaba una abstracción y que no pasaron las cosas como las soñé; pero, que hubo relación... ¡qué quieren ustedes que les diga! Estoy seguro de que nos rodea algo, que, tal vez por imperfección de nuestros sentidos no podemos advertir; el mundo de las casualidades y de las sugerencias. ¿Se explican ustedes satisfactoriamente todo lo que les sucede?... Mediten con atención sobre esto, y convendrán conmigo en que las verdades que creemos conocer mejor, son partes de un Carnaval eterno que rodea y embroma á la humanidad.

NICOLÁS DE LEYVA



EL AMOR VENCIDO

Cuadro de CECILIO PLA.

VIAJE DE BODA

JUAN, el maquinista, conceptuábase el sér más feliz de la creación. Cuando regresaba á M... parecía que su reluciente locomotora le animaba con su hálito de gigante á pensar en ella, en su adorada Regina.

Muy pronto, el maquinista Juan uniría su suerte para siempre con aquella niña rubia, de ojos dulces y soñadores, que le esperaba tras la celosía de su ventana cada tres días, cuando Juan podía abandonar por doce horas su rudo y azaroso servicio para dedicarlas á la encantadora tarea de cambiar frases de amor con su prometida.

Todo sonreía á la enamorada pareja; los ahorros ibanse convirtiendo poco á poco en modesto pero elegante ajuar: el jefe del movimiento de la línea y su señora, serían los padrinos; estaba propuesto á la Dirección General para ascender á maquinista de primera clase, esto es, á disfrutar 4.000 pesetas anuales de sueldo; y nuestro héroe, cuando guiaba el tren que iba confiado á su pericia, pedía á Dios con sincera fe apartase de su paso todo contratiempo y peligro, que entonces temía más que nunca.

Muchas veces los novios, unidas las manos, formaban mil interesantes proyectos para el porvenir, y entre ellos, claro es que no faltaba el indispensable viaje de boda. Irían á Sevilla, Málaga... qué sé yo... donde pudieran abstraerse de todo el mundo, donde nadie les conociera. Juan, en aquel viaje recabaría para sí el orgullo de conducir el tren, donde iría Regina, convertida ya en su esposa.

Ella asentía á todo, y preguntábale con voz cariñosa: — «¿Supongo tendrás cuidado en no descarrilar?...»

Una noche, al llegar el tren á la estación de Z... recibió Juan una carta; abrióla temblando de emoción, y al leerla exhaló un grito ronco, gutural, extraño, y, dando una vuelta sobre sí mismo, cayó inanimado y frío sobre el andén.

Transportado á una Sala de descanso, el médico de la Compañía declaró que su estado era muy grave, y que no solamente estaba imposibilitado de prestar servicio, sino que su vida corría gran riesgo.

Algún curioso procuró leer la misiva que tan gran trastorno produjo. Su contenido era tan lacónico como cínico y descarado. Decía así: «... la fortuna no se presenta más que una vez en el mundo y es una locura despreocuparla; olvídate, Juan; no recuerdes nunca nuestros amores; contigo siempre sería pobre y, por lo tanto, desgraciada. Dentro de tres meses me casaré con un riquísimo banquero americano. — R.....»



Juan luchó dos meses entre la vida y la muerte.

Trasladado á su casa, los asiduos y prolijos cuidados de su buena madre, y la poderosa y robusta organización de su naturaleza, triunfaron del mal; y sano de cuerpo, pero triste, abatido y sombrío, volvió á hacerse cargo de su destino, y de nuevo corrió el tren á su cargo en la línea de M... á Z...

Son las seis de una hermosa mañana del mes de Mayo.

El tren correo ascendente de la línea de M... hállase formado y dispuesto á partir.

Los viajeros ultiman sus preparativos, cambian los últimos apretones de manos y se instalan en sus respectivos vagones.

Suenan las campanadas de aviso, y el mozo de estación pronuncia las sacramentales palabras de... «Señores viajeros al tren.»

Una elegante pareja entra en el andén y suben precipitadamente á un Reservado.

Ella es rubia, de ojos azules, grandes y rasgados; él también es rubio, pero alto, anguloso y frío; raza anglo-sajona legítima.

Ambos visten elegantes trajes de viaje é instálanse en el vagón, sin parar mientes en que el maquinista que ha de conducir el tren los contempla con mirada indefinible.

Suena el silbato del Jefe, crujen cadenas y plataformas, la máquina lanza poderosos resoplidos, escupe denso y negro humo, y el convoy pónese en marcha, primero lentamente, más acelerado después, y rápido y veloz al fin, dejando atrás la población, arbolados y caseríos.

Juan el maquinista está inquieto, hosco, feroz; á cuantas preguntas y observaciones le hace Pedro el fogonero, contesta con monosílabos, y á riesgo de caer á la vía, asómase ansiosamente á la baranda de hierro del tender, y mira con encarnizamiento el tren que conduce.

Este entra en una peligrosa curva; Juan cree divisar dos rubias cabezas asomadas muy juntas en la ventanilla de un vagón; fija bien sus miradas y reconoce en una á Regina... aquella Regina prometida suya en otros tiempos más felices; en la otra, la de su afortunado rival que se rie estúpidamente, enseñando dos filas de blancos dientes... Hiérguese entonces, y despidiendo feroz rujido, corre nerviosamente las palancas, cierra las válvulas y fuerza el vapor: suben en el manómetro las atmósferas; giran precipitadamente los émbolos, el tren avanza ya vertiginoso como el huracán, y en medio de horribles gritos, espantosos lamentos, quejidos é imprecaciones, lánzase por siniestra cortadura al lecho de hondísimo barranco.

En la descripción que del siniestro hacían al día siguiente los periódicos, figuraba entre los muertos el nombre de Juan el maquinista, víctima de su heroico deber; y el del joven matrimonio, que realizaba su viaje de boda...

Dibujo de José Passos.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

EL PRIMER GRITO DE INDEPENDENCIA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

EL levantamiento de España contra Napoleón Bonaparte en el año de 1808 es uno de los más grandes que registra la historia de nación alguna. Sin dudas y sin vacilaciones, desde la Coruña á Murcia y desde Algeciras á Girona, los valerosos hijos de esta tierra de héroes cumplieron á maravilla lo que su patria les ordenaba, lo que su honor les exigía.

Aunque la explosión popular estalló á consecuencia del memorable 2 de Mayo, de aquella heroica lucha mantenida en las calles de Madrid por unos cuantos paisanos contra 60,000 soldados imperiales, reputados como los primeros del mundo, es lo cierto que desde la entrada de los ejércitos napoleónicos en España, en el mes de Febrero de 1808, y á consecuencia de las traiciones con que, violando el título de aliados y pisoteando el nombre de amigos, se apoderaron de la ciudadela de Pamplona, de la plaza y fortalezas de Barcelona, de los castillos de Figueras y San Sebastián, de poblaciones abiertas como Burgos, Madrid y Toledo, es lo cierto, repetimos, que el pueblo español, comprendiendo que había caído en una emboscada, no cejó un punto en sus protestas contra los invaso-

res, dispuesto á romper aquella tupida malla en que pretendían envolverlo.

En Abril, hubo ya graves alborotos en Burgos y Toledo, á los que siguieron la jornada del 2 de Mayo en Madrid, y el levantamiento de toda la Península.

En el mes de Mayo, la nación española, abandonada de sus reyes y príncipes, asaltada por el invasor, recoje el guante que le arroja el Capitán del siglo y se dispone á vencer ó morir.

Los jóvenes se lanzan á los campos de batalla.

Los ancianos guardan los pueblos.

Las mujeres arrastran los cañones.

Los niños llevan pólvora y balas á los combatientes.

No acobarda á las poblaciones el no contar con murallas que las defiendan de sus enemigos, porque tienen los pechos de sus hijos, mil veces más fuertes que la dura piedra.

No cuenta España el número de sus enemigos... ¿Para qué?... mejor los contará después de muertos.



EL CAMPO DE SAN FRANCISCO

Cuadro de J. M. URIA.

Fct. Laurent y C.^a

No tiene jefes experimentados que se opongan á los planes estratégicos de los generales imperiales; pero confía en que esos genios de la guerra salgan de los mismos campos de batalla.

No dispone de ejércitos con que hacer frente á las innumerables legiones de Napoleón; pero esto no le intimida: en España, todo hombre nace soldado, y lo que es más importante, guerrillero; esos guerrilleros indomables que hicieron temblar á los fenicios, á los griegos, á los cartagineses, á los romanos y á los árabes.

No poseía armas, pero las tenían los enemigos, y para arrebatarlas bastaba la honda, el chuzo, la hoz, el cuchillo.

El rico y el pobre, el marino y el pastor, el campesino y el ciudadano hicieron suya la ofensa inferida á España, á su idolatrada madre, invadida, violada, escarnecida.

El despertar de España produjo en Europa un efecto imponderable. Nadie se explicaba que esta nación, á la que Bonaparte llevaba sujeta á su carro de triunfos, se alzase tan altiva, tan pujante y tan enérgica, contra el coloso. Nos juzgaban abatidos, nos consideraban impotentes, nos tachaban de cobardes. ¡Y por esto el asombro de Napoleón y el espanto de Europa fueron mayores!

Cumple á Asturias la altísima honra de ser la primera provincia que se alzó en armas, creando ejércitos, y enviando á nombre de España, comisionados á Londres que pactaran la alianza y obtuvieran el apoyo moral y material de Inglaterra.

No faltaron allí, como en otras provincias, hombres que, cegados por el brillo de las glorias de Napoleón, considerando empresa imposible luchar contra su omnimodo poder, y viendo á España abandonada de sus reyes Carlos IV y Fernando VII, se pusieran del lado y á las órdenes del emperador. Murat, que ejercía el mando supremo de España á nombre de Napoleón, al conocer la importancia del alzamiento de Asturias, envió á Oviedo al conde del Pinar, magistrado conocido por su cruel severidad, y al poeta don Juan Melendez Valdés, más propio para cantar los triunfos de quien venciese que para acallar los ruidos populares, con orden de apagar lo que parecía un chispazo y era un incendio.

Oviedo, al levantarse en armas, había aprisionado al comandante general de la costa Cantábrica, señor Lallave; al coronel del regimiento de Hibernia, Kitzgerald; y al jefe de los carabineros, señor Ladron de Guevara, que se habían separado de la opinión de sus oficiales favorable al movimiento popular. Encarcelados, en unión del conde del Pinar y Melendez Valdés, quería la ciudad que fuesen prontamente juzgados como traidores. Con el propósito de salvarles la vida ordenó la Junta que fueran sacados de Oviedo y del Principado, mas el pueblo y los soldados se opusieron, pidiendo su castigo; y para evitar el verse otra vez burlados, se apoderaron de los cinco presos y conduciéndolos al campo de San Francisco, extramuros de la ciudad, los ataron á unos árboles, decididos á arcabucearlos.

En tan supremo instante, dice un notable historiador, ocurrióle al canónigo don Alonso Ahumada apelar á los sentimientos religiosos de sus perseguidores, y elevando en sus manos el Sagrado Sacramento y